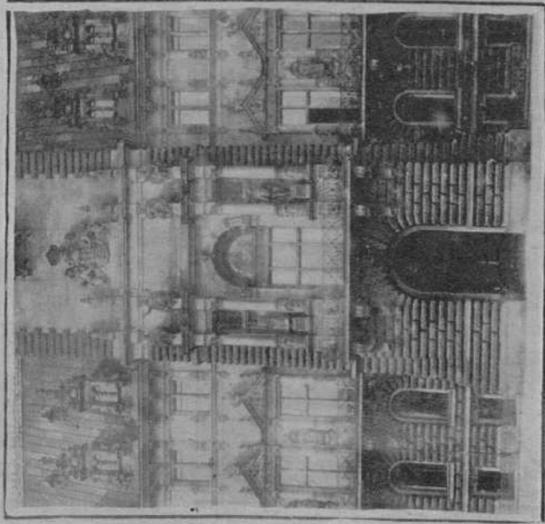
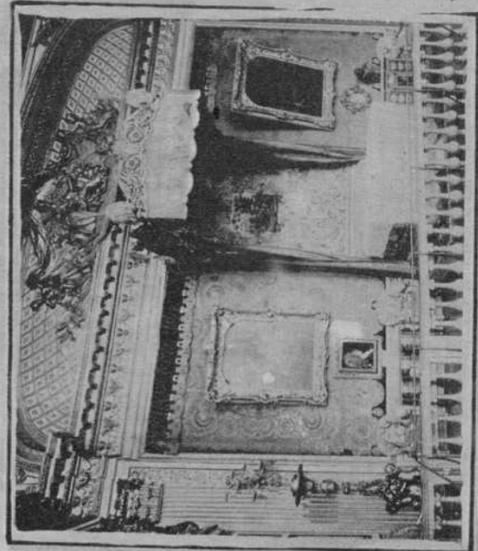


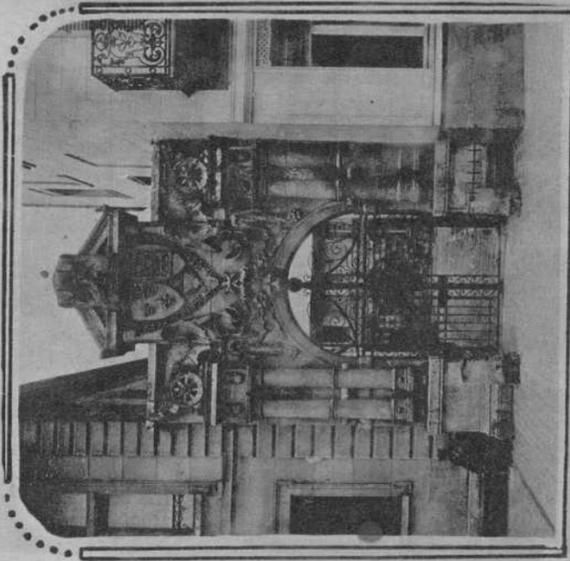
ROMA.—Tumba de Pablo III, en la Basílica de San Pedro



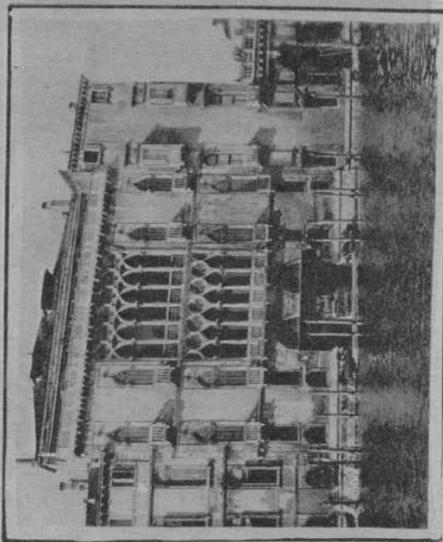
HAMBURGO.—El Ayuntamiento



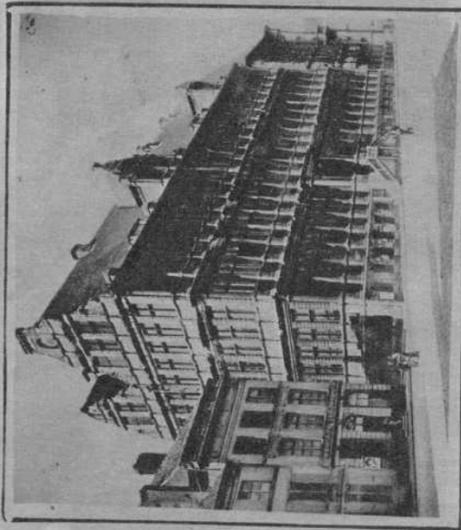
VERSALLES.—El dormitorio de Luis XIV



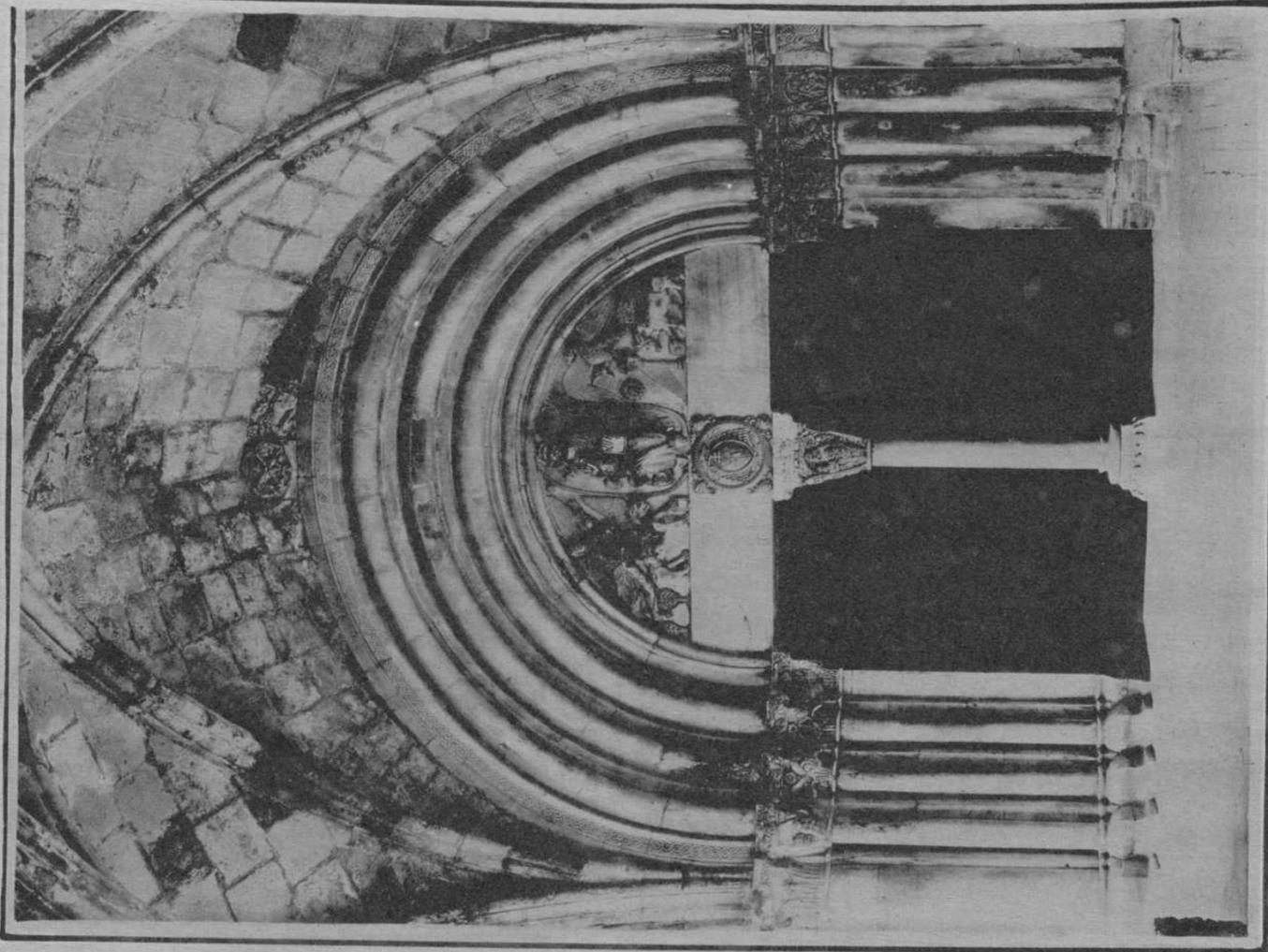
COMPIEGNE.—Puerta del antiguo Arsenal



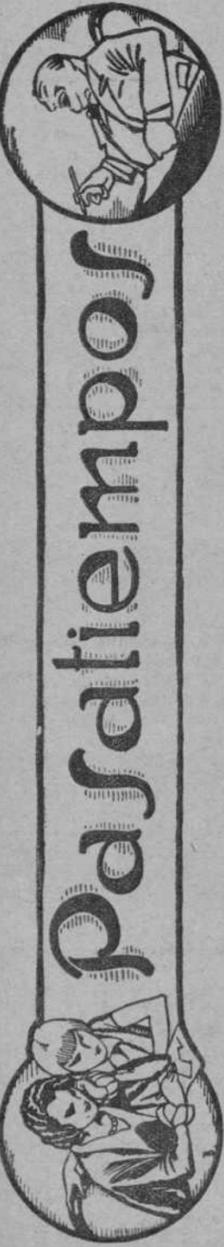
VENECIA.—Palacio Pisani



CANTE.—Fachada del Ayuntamiento



La puerta bizantina de los claustros de la Catedral de Tarragona.—(Fot. Vallvé)



Pasatiempos

(SECCION A CARGO DE NOVEJARKYN)

- Logogrifo numérico**
(Por MARINA PIPO)
1 2 3 4 5 6 7 8 9 Ciudad de España
5 8 4 5 3 3 9 3 Verbo
1 9 3 3 5 3 2 Torero popular
4 2 3 7 6 9 Nombre de mujer
6 7 3 4 2 Pueblo Español
3 9 8 2 Animal
2 9 8 Nombre de mujer
6 9 Nota musical
5 Vocal
8 7 Negación
3 7 8 Bebida
6 2 8 9 Producción animal
4 9 6 7 3 En el verano
6 5 7 8 7 3 Nombre de mujer
4 2 3 9 4 7 6 Animal
4 9 4 5 3 7 6 2 Utensilio de cocina
4 2 3 3 7 4 5 3 7 Oficina.

Charada
(Por TRINIDAD LOPEZ MARTINEZ)
Hay todo, que en su carrera,
del negocio van en pos;
y primera dos tercera
en cuatro, en prima primera
y en unas cosas de una dos.

Alemán
(Por FERNANDO MUÑOZ MONTES)

BEBIDA VOCAL MEDICAMENTO
(Por TERESA RODRIGUEZ DALMAU)

FRUTA TELA VOCAL

Punto cardinal
(Por RAFAEL FINA)

epibida Bebida

Subrayado

C unidades de medida

Para la ensalada
(Por JOSE ESTUPINA)

CONSONANTE Arbol

Mineral
(Por JUAN CABALLERO)

E e e T ESPACIO de TIEMPO

Naturaleza
(Por «PICANTILLO»)

Documento privado Merced

Intúl muchas veces
(Por A. P. y I. C. F.)

X Consonante Vocal
(In duro Una peseta Un cuproniquel)

Título de una película
(Por «GUILLERMO DE MIGUELET»)

“AM 2”

El Día Gratís CUPON
que debe acompañar a todo envío de pasatiempo

Audaz

Animal Nota

Cima

Q Q Q Pobre

«Intrínquilis»

GATO

Nombre de mujer
(Por SIXTO VILA)

NOTA NOTA intusión calmante

Las soluciones en el número del martes.

Soluciones a los pasatiempos insertados en el número de ayer:
En la tienda. ¿Qué desea usted, señorita?
Entre esos oere.
Porción de tierra: Territorio.

Acuse de recibo
Tiembra mi mano siempre cuando escribo:
¿Y cómo no mi mano ha de temblar al tener que acusar?
Ser acusón, lector, es feo oficio, que me saca de quicio.
Además, carta a carta, una por una, contestar es deber que yo me impuse, sin mandármelo nadie, por fortuna.
Por fortuna también, por mí dispuse saltarme con frecuencia a la torera la correspondencia.
Y si sabe la gente que el salto no es frecuente.
Permitiéndeme, lector que, por un día, cierre, para así holgar, la cartetería.

NOVEJARKIN

LOS ILUSTRES VISITANTES DE LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1888

Oscar II, de Suecia y Noruega

Visitaron la Exposición Universal de 1888, a más de SS. MM. el Rey Don Alfonso XIII y la Regente, Oscar II de Suecia, Luis de Portugal, los Duques de Edimburgo, representantes del Rey de Inglaterra, las infantas, los almirantes de las escuadras, los Embajadores de Francia, Austria e Italia, Sagasta, Cánovas, Pi y Margall, etc. etcétera, gran número de altos dignatarios, opulentos banqueros, eminencias insignes de todo el mundo. Con todo, el Rey Oscar II, con su arrogante aspecto, su regia dignidad y su merecida fama de hombre culto verdaderamente excepcional, con la novelesca historia de su estirpe, alida de un hijo del pueblo, despertó una gran simpatía a su doble personalidad de intelectual y de rey.

Descendiente de Bernadotte, general francés colaborador de Napoleón, y después nombrado por Carlos XIII de Suecia sucesor suyo, en detrimento de su antecesor Gustavo IV, ya destituido por los Estados. He aquí las palabras que dirigió al hijo de su sucesor, aquel excepcional rey: «No olvidéis, hijo mío, que la felicidad de los pueblos, es el más seguro sostén de los reyes, y respeta la dignidad de los hombres, en cualquier rango que los halles.» Estas frases fueron las inspiradoras de la política noble de aquella dinastía que, empujando por Bernadotte, el antiguo soldado revolucionario denominado Carlos XIV, y llegando a Oscar II, dió un patrón tipo, para inspirar a los modernos estadistas europeos.

Dícese que Bernadotte, en sus últimos tiempos, aquejado por las dolencias que le scarrearón su muerte, no quiso dejarse reconocer por ningún facultativo. Llegó a tanto su obstinación en este punto, que al morir, éstos, intriguados, llenos de estupor, encontraron tatuado su cuerpo con la inscripción revolucionaria de «Guerra a los reyes».

¿Traicionó sus antiguas creencias? Su actuación y la de sus sucesores tan noblemente humanitaria, demuestra que su fatídica pasión renovadora, había sido substituida por el verdadero sentido de la «Libertad, Fraternidad e Igualdad», compendiada en las palabras de Jesús: «Amaos los unos a los otros».

Fué más grande al ser fiel a la humanidad, que no la Francia napoleónica y su obra futura, resulta mucho mayor que la de Bonaparte. Si las campañas del gran guerrero llenan el mundo por espacio de más de un siglo, las acciones pacíficas de los sucesores de Bernadotte son como las del gran Washington, las iniciadoras de la política mundial de la paz y de la fraternidad de los pueblos.

Bernadotte, incorpora Noruega a Suecia, rompe los antiguos monopolios, abre canales como el de Gota, crea un Museo de Antigüedades, la Universidad de Cristianía, de la que por sucesor a su hijo Oscar I, digno de su padre, sucediendo a éste Carlos XV y después su hermano Oscar II, y éste continuando la obra pacifíca de sus sucesores, dió la nota más relevante de esta política inspirada en la fraternidad humana.

Por eso le vemos dar fe de su presencia en aquel acto trascendental de la incorporación pacífica de un nuevo elemento de

res de Aktiebolaget Separator de Estocolmo, usado en todo el mundo. Dicha casa tenía ganados más de 100 premios en otras Exposiciones.

La «Comisión Real de Bergen», en una grandiosa instalación, presentó una bien entendida colección de los productos de la pesca noruega. Bacalao y pez palo de las clases, grasas blancas, morena, medicinal; robaseco en salmuera; guano de pescado, etc., etc. Es decir, todo aquello que sirve de base al comercio fabuloso que de la pesca hace aquel país. Otras casas importantes completaron dicha sección.

La pulpa de madera tenía la respetable representación de la casa Christoffersen, de Cristianía.

Las casas Halskinds, Chemirka y Lans Traesliberi Poppirabrick, exponían pastas y adornos de madera de notable calidad. Con lo registrado, y algunos muebles de hierro y madera; los papeles pintados de Kaberg; la excelente colección de joyería afiligranada de Hallberg, de Estocolmo; una soberbia reunión de edredones y pieles de la casa Braud (C.), de Bergen, especialidad en las de rengifero y oso, algunas instalaciones con mantecas, esmerinas y chucherías, completaban lo que Suecia y Noruega exponían en el gran Palacio de la Industria. En los de Maquinaria y Agricultura, hacían también buen papel aquellas dos naciones, entonces unidas, y que algunos años después bajo el cañzo de aquel mismo Monarca tan ecuníime y progresivo, tendrían que separarse.

Este magno acontecimiento, es el que sirve para dar la característica máxima al genio pacifíca del simpático visitante de nuestra Exposición, la que honró grandemente con su presencia, dando con ello una gran prueba de su maravilloso instinto al reconocer la transcendencia de aquel acontecimiento, que no consiguió obtener la visita personal, de las testas coronadas poderosas del mundo civilizado; las cuales fueron representadas por delegaciones más o menos importantes.

Muerto su hermano Carlos XV, Oscar le sucedió el 18 de septiembre de 1872, siendo coronado en Suecia el 12 de mayo de 1873 y en Noruega el 18 de julio del mismo año. Ya desde un principio, tuvo que atender a la resolución de importantes cuestiones interiores, como la reforma del impuesto, la reorganización del ejército, la implantación del sufragio universal, las aduanas, etcétera etc., que ocasionaron ruidosos debates en el Parlamento, y no pocas crisis ministeriales; pero donde mayor actividad desplegó el Monarca, fué en el fomento de la riqueza del país, que durante su largo reinado adquirió un desarrollo extraordinario, tanto en lo que se refiere al comercio, a la industria y a la agricultura. Pero cada vez eran más tirantes las relaciones entre Suecia y Noruega, tanto que hubo de aceptar ciertas medidas que mermaban su soberanía, hasta que con motivo de una proposición presentada por el Ministerio noruego Michelsen Loveland al Storting (Parlamento), en marzo de 1906, estableció el conflicto. Oscar opuso el veto a lo ya aprobado por el Parlamento, y éste, en sesión de 7 de junio del mismo año, votó la separación de los dos reinos y la destitución del rey, lo que Oscar II acató serenamente, al mismo tiempo que hacía



OSCAR II

vas calderas de hierro cabían 1.000.000. Más de 80 depósitos del mismo metal para contener hasta 15 millones. Grandiosa manufactura que arrojaba 120 millones bocoyes de espíritu, o lo que es lo mismo 78.000 litros al año. Esta casa, con talleres para las industriales auxiliares, tenía ya entonces establecidas sucursales en todo Europa, siendo representada en España, por la R. A. zón social R. Nordbeck y Braune.

Otras casas exponían sus excelentes producciones de ponches, diferentes clases de colores, mejorables cervezas; y las industrias metalúrgicas, contaban con establecimientos tan importantes, como el de «Ankarsrum-Bruil (Ankarsrumes)», gran fabricación de material y objetos de hierro y acero fundidos, forjados y laminados. Presentáronse excelentes ejemplares de proyectiles, ejes, barras, planchas, muelles, etcétera etc., y, sobre todo, llamaron la atención, unos modelos de desvío para ferrocarriles que elaborados en acero fundido, reunían grandes condiciones de forma, durabilidad y economía excepcionales. Este sistema sobradamente probado en las líneas férreas, donde habían permanecido por espacio de diez años consecutivos, prestando servicio, era mucho más perfeccionado que el de los tipos y clases ingleses, muy en boga entonces. Esta casa, además, fabricaba baterías de cocina y aparatos de calefacción.

Otras casas, no menos importantes, se distinguían en la fabricación de clavos de herraje, chapas, barras de hierro, hachas de forma y peso calculados para el mayor trabajo útil con el menor esfuerzo, modelos de estufas bien acabadas y de elegante forma, y unos separadores y desmontado-

FIRMAS NUEVAS... POETAS Y ESCRITORES NOVELES

LLUVIA ETERNA | EL BAUTISMO DE LA ROSA

Tú que en noches calladas del prolongado [invierno] azotas los cristales en monocrorde son, [sembrando] un redoble de lejanos tambores que va manando el compás del bello es- [construido].

Bajo las rectas mantas que abrigan mi [desearno] escucho yo la lluvia, que así sabe mejor, [y ante] mis ojos ciegos, por el insomnio [abiertos], va desfilando trágica procesión del dolor.

Sin ver veo, en la sombra que densa me [rodea], un cuerpo enlaquecido de una puerta al [abrigo] sin que para él exista un alma generosa [que dulce] lo recoja, abriéndole el positivo. [Y es] que nuestro egotismo, refinado y gro- [sero], no concibe que en casa se albergue un por- [diestro].

Será noble y sencilla víctima del trabajo, un hombre honrado y probo muy a carta [cabal], tal vez un pobre huérfano, solo y abando- [nado]...

Pero eso de ampararlo... inos parece, tan [mal] ¡Ay, cuánta egolatría y cuánta mezquindad hay en la decantada sociedad!

Buenas almas sencillas y siempre aban- [donadas], que andando entre thieblas vals en busca [de luz], llevais martirizadas sobre vuestras espaldas [de miserias] y penas el peso de su cruz.

Tú, que n noches calladas del prolonga- [do] azotas los cristales en monocrorde son, [no] no impedirás que mire doloroso a la calle, [la] la frente en los cristales helados del balcón.

R. BENDICHO BALAGUER

Por un fresco valle de flores vestido, andaba gozosa, luciendo su talle, la madre preciosa del ciego Cupido.

Mas de mil amores, las flores que hallaban al paso cogían y, de las mejores, guirnaldas hacían con que la observaban.

Así que su frente, abismo profundo de luz seductora, brillaba igualmente que la de la Aurora cuando viene al Mundo.

Allí, entre guirnaldas de rosas nevadas y claveles rojos, vivas llamarradas lanzaban sus ojos cual dos esmeraldas. Y de ellos cautivos, los amores bellos de grata malicia, buscaban, festivos, ocasión propicia de mirarse en ellos.

Y al celeste encanto, y las maravillas del gentil correo, unían su canto, con dulce griseo, las aves sencillas.

Mas quiso una rosa, cual copo de nieve, rozarse atrevida con la bella Diosa, y una leve herida causó en el pie breve.

Tal atrevimiento a Venus no indigna, porque sablamente conoció el intento, y amor tan paciente aún premió benigna: pues, de aquel instante, la rosa atrevida de nevado viso, creció deslumbrante de carmin vestida, porque Venus quiso.

JUAN CLEMENTE GARRRES

Transformación de España

Debido al fuerte vibrar que le ha dado el ritmo de su general transformación, vuelve a ser España el árbol pujante, de floración esplendorosa, a cuya sombra se cobijaron pueblos y naciones. ¡Grande fue ayer, grande es hoy, y volverá a ser tan poderosa como fue!

Cuando suceden acontecimientos y se re- nuevan los regímenes, los hombres y las cosas, parece ser otra generación la que desfila dinámicamente, henchida de gozo,

de energía polifurcada, cual antaño, cuan- do en los dominios de otrora, no se ocula- ba el sol. Pusele coto al período de dege- neración e inerciamiento, y hoy, la activi- dad y la energía, vuelcábase, con todo su poder, sobre el sol de la raza española, haciendo así que vengan a aparecer su pu- janza propia, racial y soberana, hombres de allende los horizontes para que vean y aprecien la renovación de nuestra energía, el escenario de nuestra actividad y toquen los timbres intensos de una nación vitupe- rada y escarnecida, difamada, y que, a pe- sar de ello, yérguese y crece prodigiamen- te, saltando las fronteras con sus produc- tos agrícolas, con sus maravillosos espu- mosos, que a fuer de falta contraria, son los más delatadores, por ser vino de las ce- pas de España, supremas e ingratuladas.

Sin embargo, en los vinos carecemos de consecuencia, mostrándonos presitos a ad- mirar los del extranjero y rehacidos a re- conocer los nuestros.

Sintamos como espalotes, agrupámonos en torno de España. Prodigiamos y ensal- cemos los productos, no dejemos marchar de nuestras manos el vellucino de oro, que no volverá. Unámonos a nuestros herma- nos de América: que América nos entien- de y nos aprecia, por ahinada, por atrezo y por gratitud. América ha visto, con ingu- lar cariño, nuestra parábola de grandeza y nuestra paz interna y externa. América goza con nuestro bienestar. Abandonemos despectos, cooperemos en torno al gobier- no que hallase saturado de ansias patrióti- cas, inflamado de nobles sentimientos e in- quiriósmo, que acoja los anhelos de la agricultura, industria y viticultura, aco- nunciando los intercambios con América, para el engrandecimiento y magnificencia de España, y para bien de ésta que por sus «Cavas» llaman la «Villa Minada».

San Sadurni de Noya.

MOISES HERNANDEZ

Yo busco una mujer humilde en lo que [pida], que sea para mí la novia y el amigo, que me entregue su amor para toda la vida, que me quiera en el triunfo y que me quiera [mendigo].

Yo busco una mujer que en las noches de invierno cuando [falte] el tizón que entibia nuestra arcilla en el tranquilo [hogar], beso a beso ella sepa prenderme el corazón y que en todo momento me acierte a ilu- [sionar].

Yo busco una mujer que síga fiel mi paso, que si mi triunfo bea que floce mi fracaso y siempre asiduamente mis días de espe- [ranza]; Una mujer que sienta quecer al que me [ladma], y al mismo tiempo oíar al que me tira, que sea como yo, Quijote y Sancho Panza.

J. ROURA-ABEYA

Historia Natural

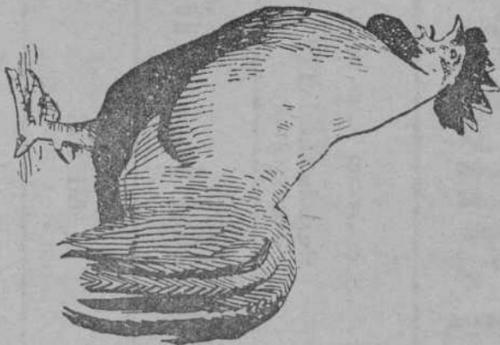
EL GALLO

Desde el punto de vista económico, no hay ninguna orden de aves que nos interese tanto como el de las gallináceas, pues- to que es el que contiene las aves de cor- ral, con toda su inmensa variedad.

Todas las especies de este orden son aves robustas, con patas fuertes, hechas para correr por el suelo, y uñas adaptadas para escarbar en la tierra.

Las gallinas comunes, tan familiares pa- ra todo el mundo, no son sin embargo una especie europea; su ancestro o tronco ori- ginal salvaje es el gallo Bankiva, que vi- ve en los bosques de la India, desde Cachemira la Conchinchina. El aspecto del gallo Bankiva apenas difiere de ciertos gallos do- mésticos; su collarín es de un bello color anaranjado, lo mismo que las largas plu- mas de la rabadilla; los hombros de un vivo escarlata y el resto del plumaje entre ne- gro, azul y verde oscuro.

Sus descendientes domésticos son, sin disputa, las más útiles aves de corral y los más económicos entre los animales domés- ticos, y de ahí que la gallina sea tan in- dispensable en el modesto corral campe- sino como en el cortijo del más acudado propietario. Hasta el beduno en su sucia jaima y el negro del campo en su choza, no



GALLO

considerarían completo su hogar sin algu- nas gallinas y varios soberbios gallos. Los huevos de gallina son un alimento universal y la facilidad de incubarlos arti-

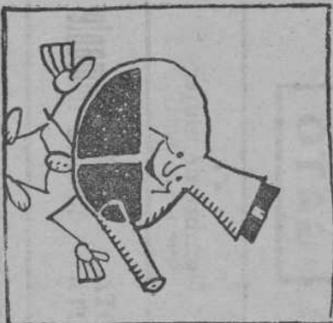
fiadamente añade no poco a la importancia que la cría de estas aves tiene en todas par- tes.

En Egipto solamente, se incuban arti- ficilmente unos 14,000,000 de huevos por medio del rescoldo de estiércol de camello. Hay razas de utilidad, razas de lujo, y para verigüenza de los omnes, razas de pelta, cuya única misión consiste en des- trotarse ante un público estúpido, cuya barbara costumbre, por suerte, ha sido abo- lida por las leyes de todos los países.

Desde luego, las razas cuyo cultivo más debe favorecerse son las que, además de ser productoras, tienen la carne muy fina, cir- cunstancias que ocurren la raza castellana, la andaluza, la catalana, la "red-cap" inglesa y la francesa de Hondan. La raza "or- pington" oriunda de Inglaterra con gran variedad blanca, negra y leonada, y la "fan- granbank" de tamaño enorme y largas pa- tas, tienen una carne exquisita, pero son poco productoras. En cambio la gigantesca raza de Conchinchina, son excelentes pro- ductoras pero su carne vale poco. Entre las razas de lujo, apreciadas únicamente por lo bonito y raro de su plumaje, entran, el "gallo de Ancona", el gallo Rhode-Island, "bantam", y la "fenix del japon", notable por la longitud de las plumas de su cola, que en el gallo alcanzan a veces tres me- tros.

B. S. N.

Relato breve y curioso, de un país maravilloso



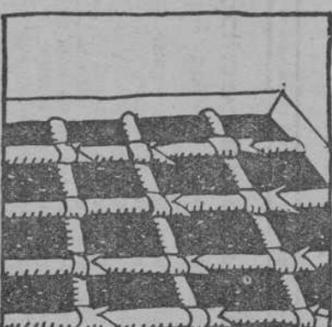
Por su triunfo el porrón, sobre la constitución, con ánimo triunfante, salta y balde a cada instante.



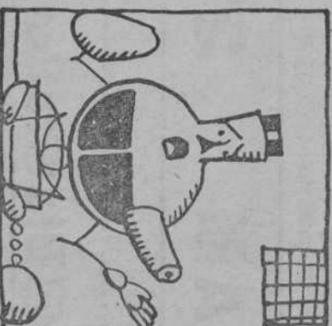
Pero el Gobierno, indignado, por el llo que se ha armado, ordena la detención del turbulento porrón.



Al porrón le ponen preso, ábrase un largo proceso y ante el caso peregrino al porrón se le agría el vino.



Entre barrotos guardado, el porrón queda encerrado, lográndose de este modo que ya nadie empuje el codo.

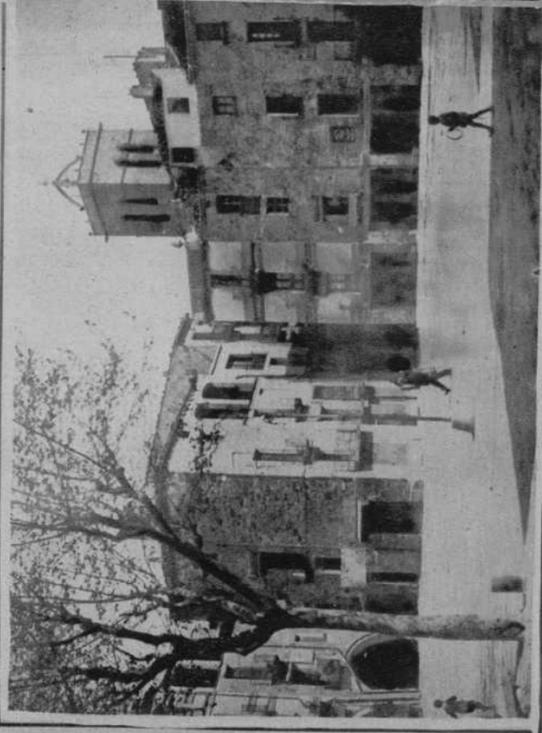


Es celebrado el juicio que al porrón saca de quicio, pues tiene tan poca suerte que le condenan a muerte.

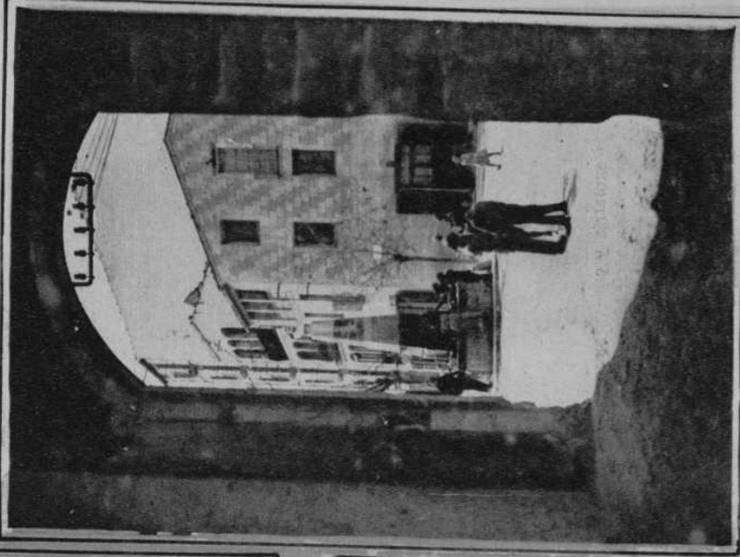


Y hasta el mismo ex rey le plugo el oficio de verdugo y así, ante grandes y chicos, el porrón fué hecho añicos.

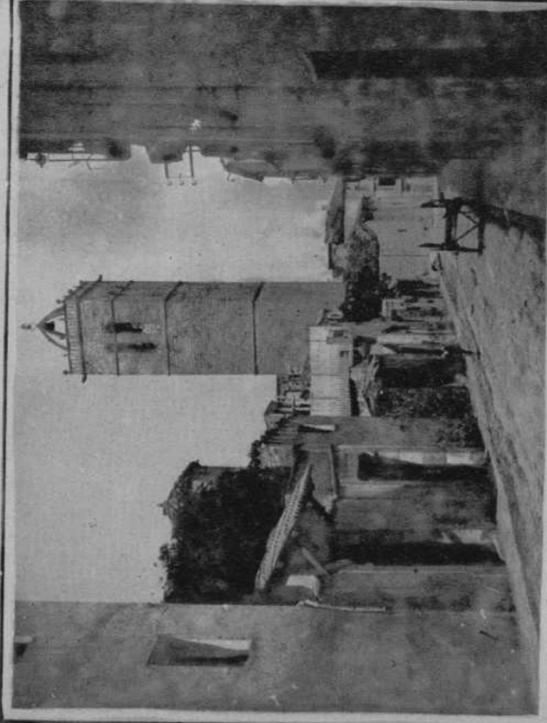
Cataluña pintoresca
SANTA COLOMA
 DE
QUERALT



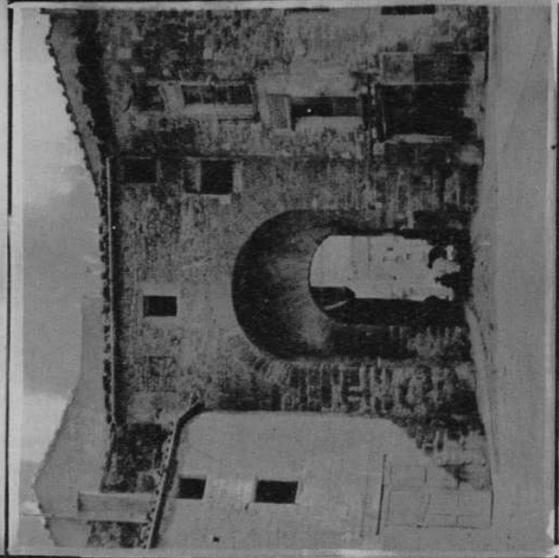
Plaza Mayor



Plaza de Pi y Margall

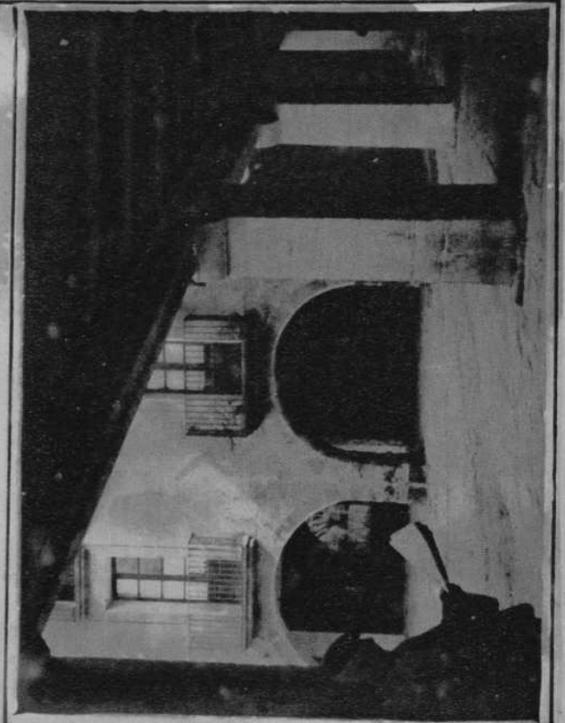


Campanario de la iglesia

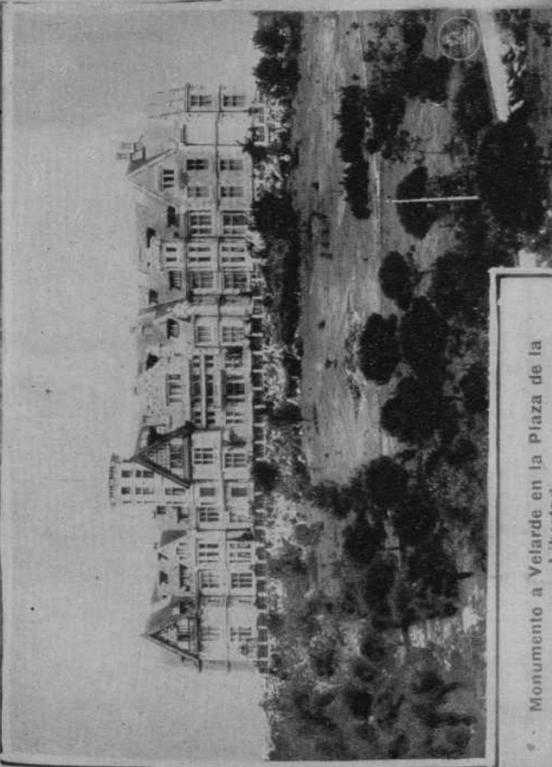


Antigua puerta de entrada

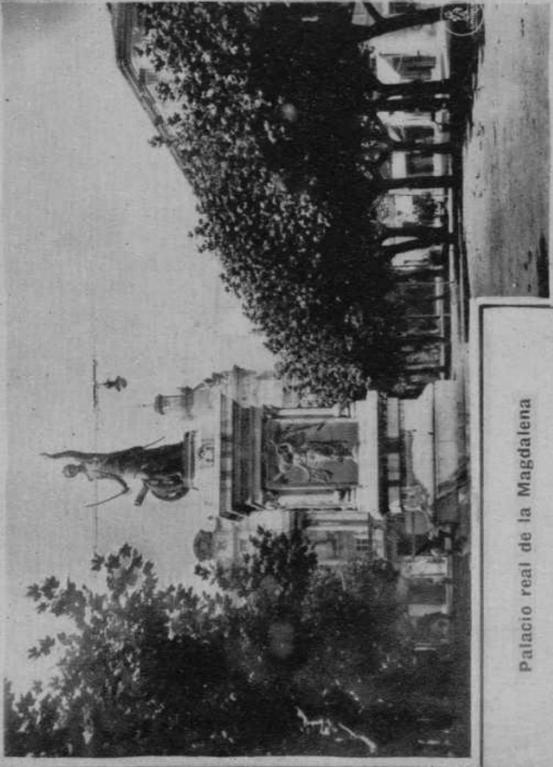
Pórticos de la Plaza Mayor (Fols. Amati)



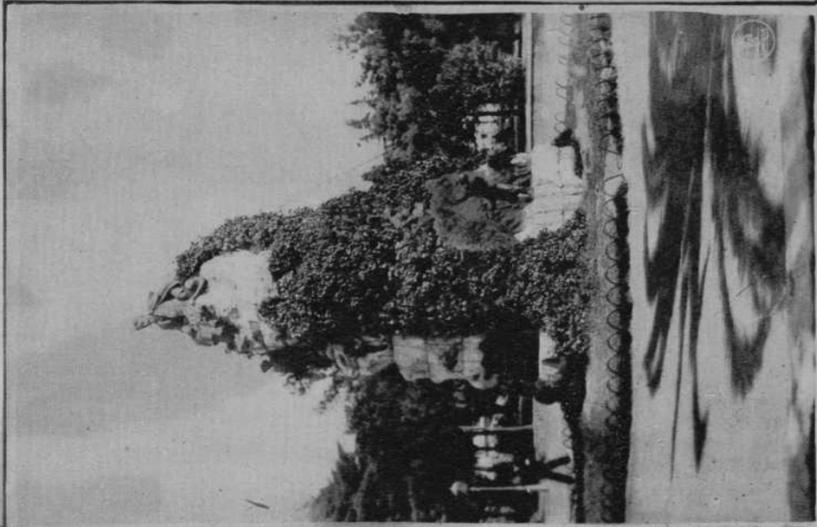
Las grandes ciudades
 de España
 • Santander •



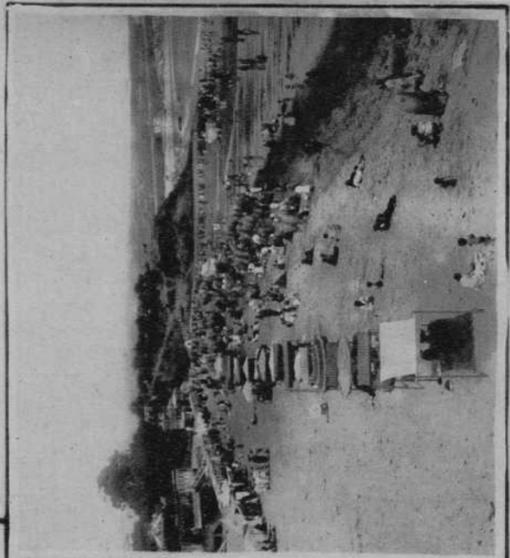
Monumento a Velarde en la Plaza de la Libertad



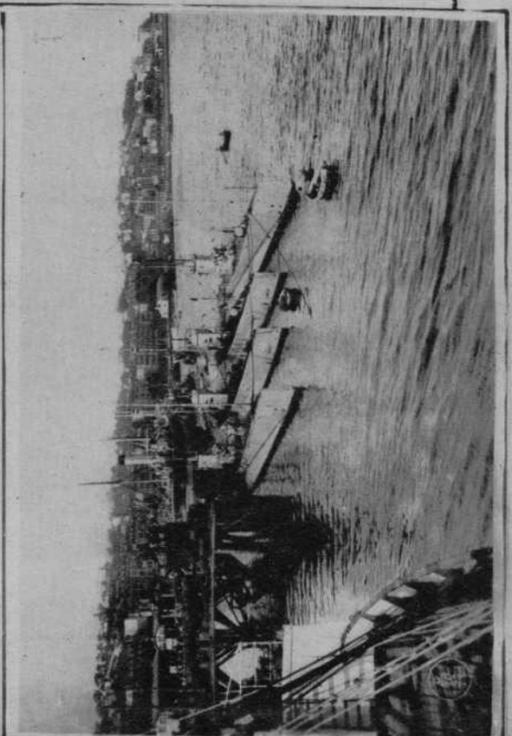
Palacio real de la Magdalena



Monumento a Pereda

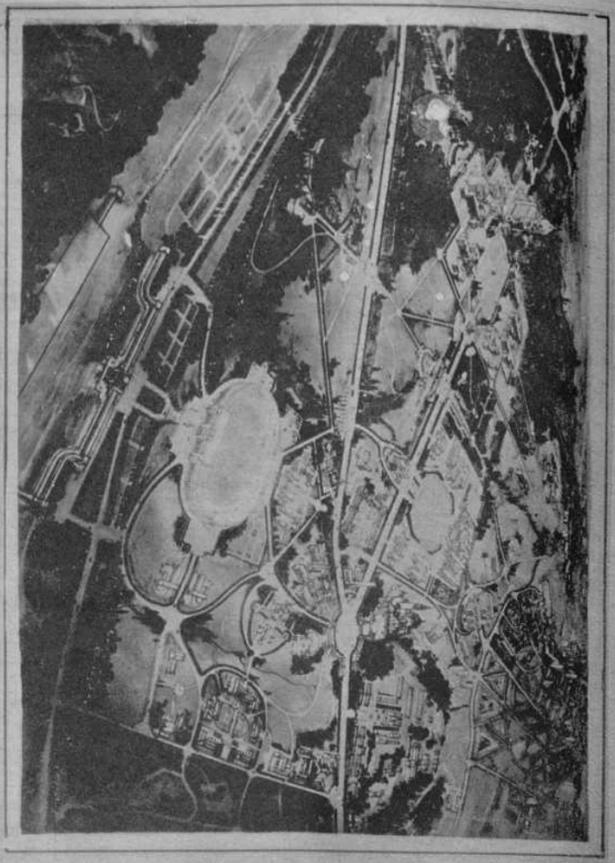


Playa del Sardinero

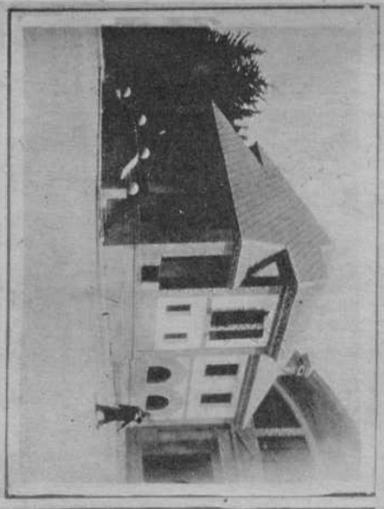


La bahía y muelles

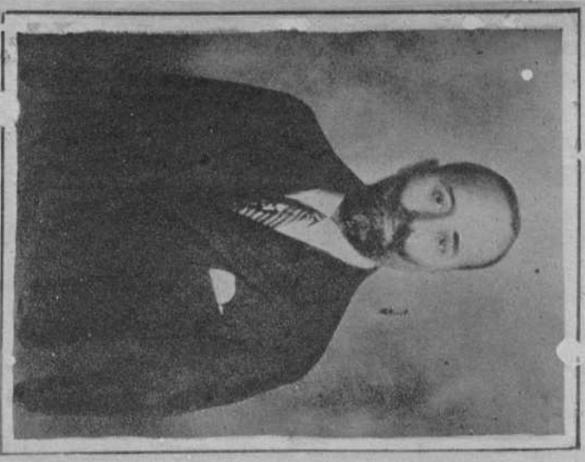
El Ministro de Instrucción Pública en la Exposición de Barcelona



Vista general de la Ciudad Universitaria



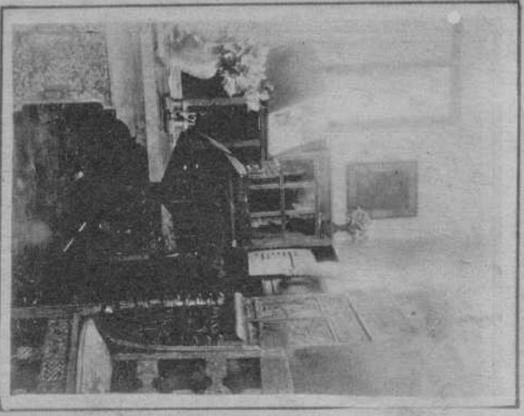
Pabellón-escuela, tipo Valle de Arán



Excmo. Sr. D. Eusebio Guiz, Rector de la Universidad de Barcelona, que dirige la alta inspección de las instalaciones



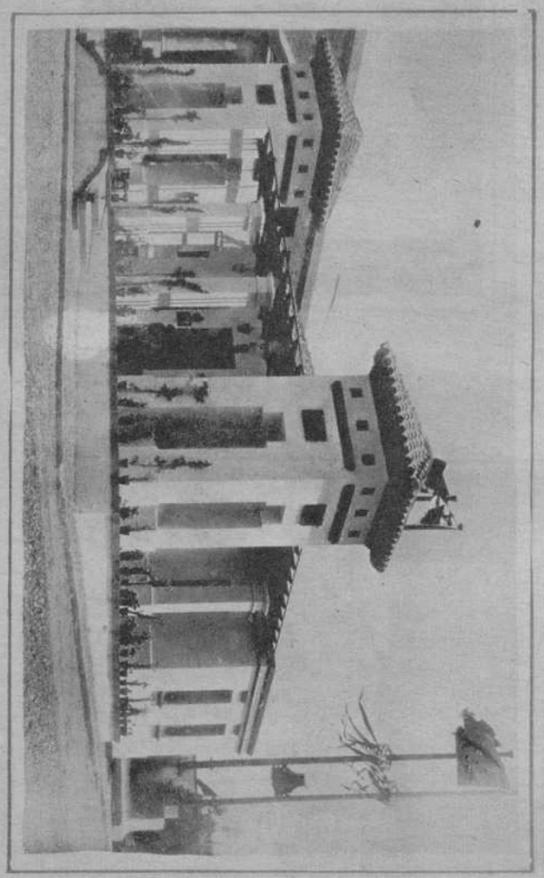
Excmo. Sr. D. Ignacio Suárez Somoza, Director General de Instrucción



Una sala de la Escuela central de anomalías, con el pabellón anexo



Excmo. Sr. D. Eduardo Gullón, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes



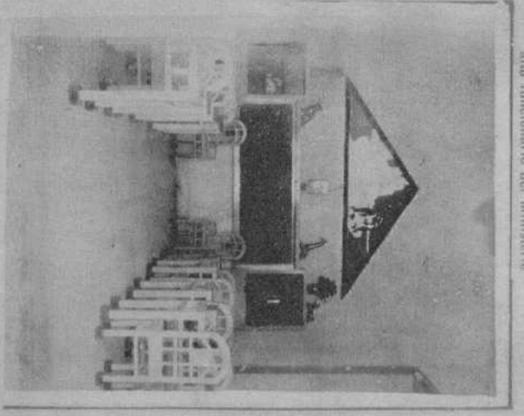
Pabellón-escuela de tipo andaluz



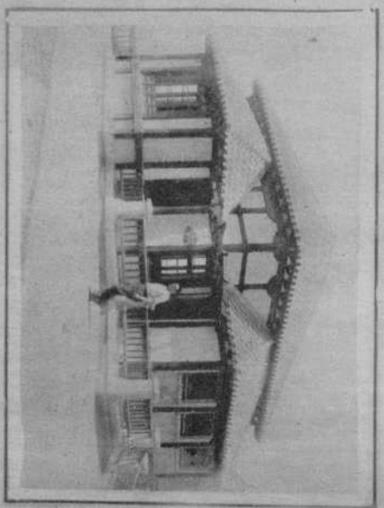
Un aspecto de la sala-museo y laboratorio de ciencias naturales



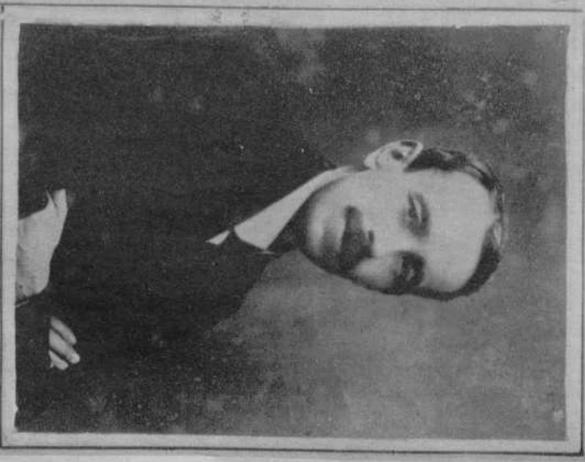
D. Fernando José de Lleras, alto funcionario del Ministerio



La sala de clases del pabellón andaluz, con material de la Escuela de anomalías



Pabellón-escuela, tipo maltriateño

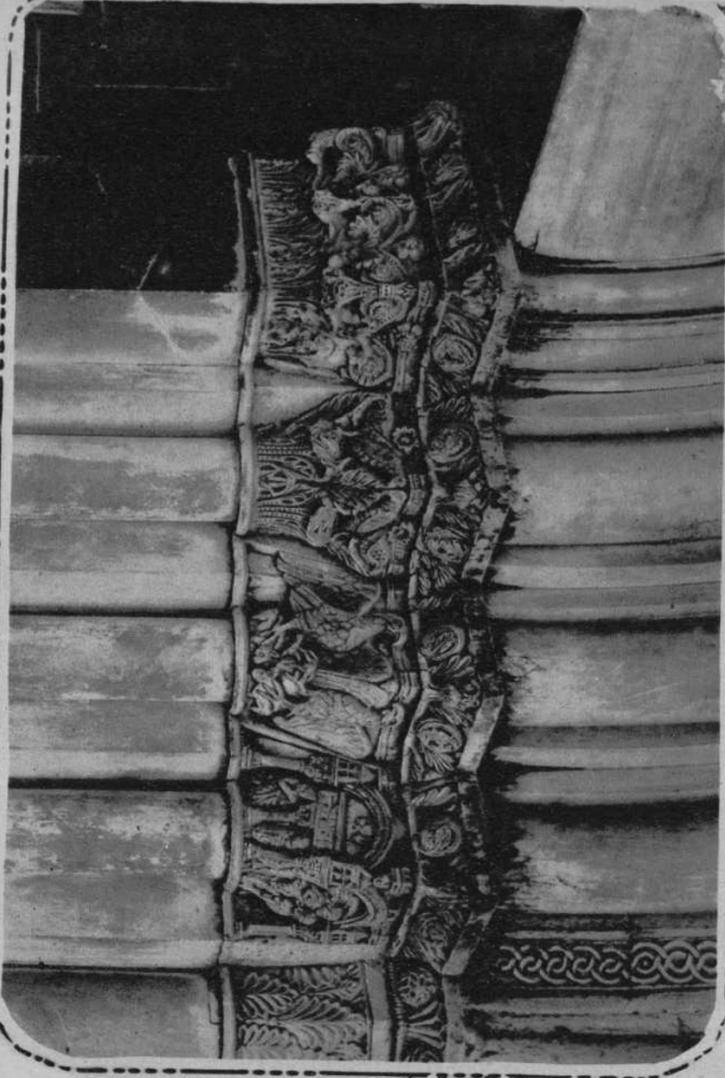


D. José Azuza Pérez de Vargas, jefe superior del Ministerio

Joyas del arte religioso

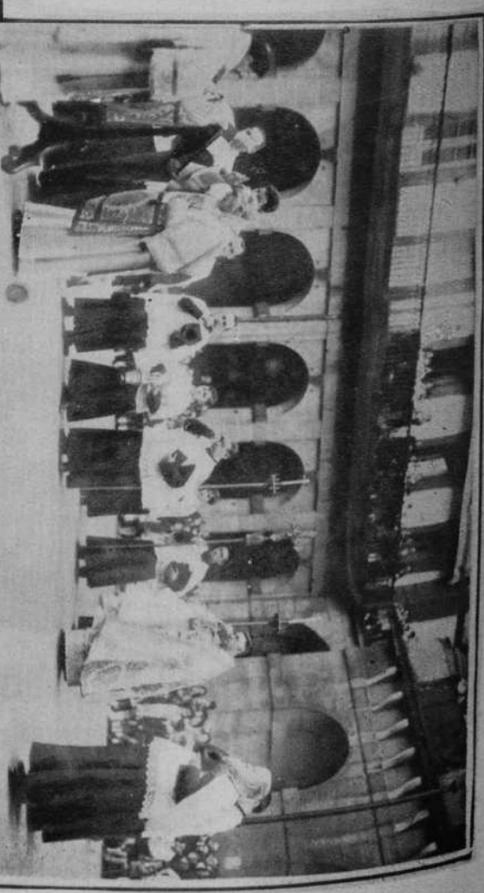


Gabietes bizantinos de la izquierda de la puerta de los claustros de la Catedral

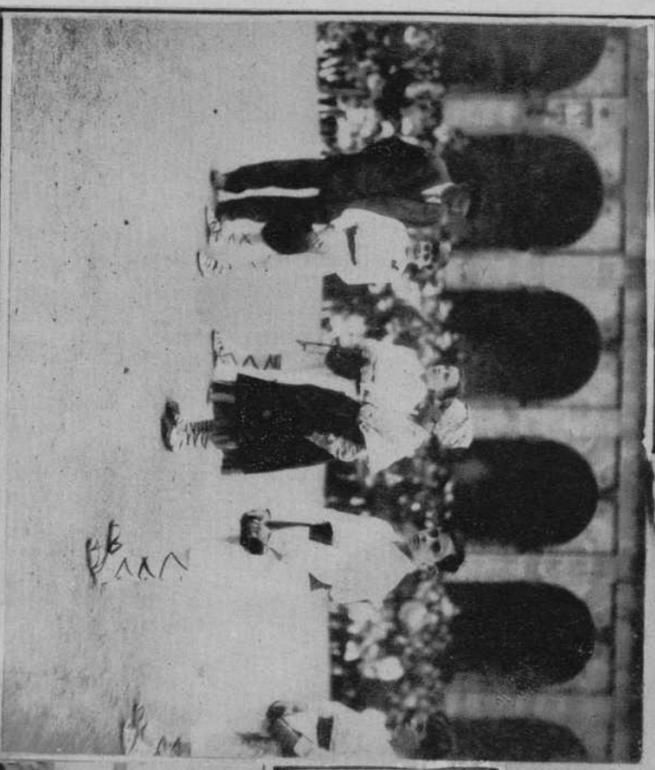


Capiteles bizantinos de la derecha de la Catedral tarraconense.—(Fots. Vallvé)

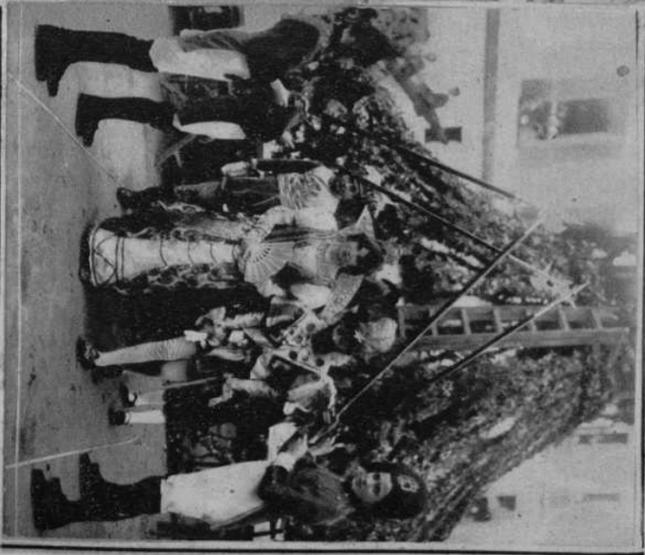
La fiesta de San Juan en Hernani



Hernani, el pintoresco pueblo kuzpuzcoano, conserva la tradicion de festejar todos los años San Juan, aunando el fervor religioso con el esparcimiento infantil, que da lugar a danzas populares llenas de vida y de honestidad



1.—Acto de la bendicion del arbol de San Juan, en la Plaza de la Constitucion.
2.—Aurreescu infantil.
3 y 4.—La Reina y su seguilo en el aurreescu infantil.
(Fots. Photo-Garte)





UN FRACASO

DE

D. JUAN

POR

MARIA DE JURADO

NIÑOS de DOMINICA

—Para esto precisamente hicimos la revolución—replicó Sergio—, para defender a Rusia libremente, sin defender al zar.
 —Sois también unos imperialistas.
 —Somos hombres libres que amamos la patria.
 —Por encima de la patria está el pueblo.
 —El pueblo está todavía bajo la loba alemana.
 —Nosotros lo libraremos con la paz, y no con la guerra.

Un obús llegaba con un ruido imponente de trueno. Los dos amigos se tumbaron. El obús cayó en un grupo de fugitivos y Sergio e Ivan Singaref vieron a uno, decapitado, a otro con un masilar destrozado, a otro con el vientre horadado, rugiendo con gritos horribles su dolor, y a otros tendidos en posturas inverosímiles.

Aquí tienes la ofensiva. Todo esto es obra vuestra.
 —¡Mientes! Nosotros no queremos la sangre, sino la dignidad de la revolución.

—Sois unos asesinos.
 Sergio buscó en su cinturón una granada, encarándole Ivan el fusil, pero Sergio no llegó a empuñar la granada, y llena el alma de aquel vaho de sangre y de amargura que salía de aquella tierra que había querido libre y gloriosa, lloró con un hipo convulsivo. Ivan siguió su camino solo. Sergio siguió por las trincheras, los brazos colgantes, dando traspiés, perdida toda noción de la realidad cercana, dando, con una rabia inconsciente, puntapiés a los muertos con que tropezaba. Los dos Rusias que iban a luchar, acababan de enfrentarse en las trincheras.

Fué a salir a una carretera, por donde iba una caravana de fugitivos, llenos de fango y de sangre. Los artilleros pasaban arrastrando cañones y arzones, espoleando a los caballos, dejando tras sí nuevos heridos, habriéndose calle en medio de la multitud lamentable, en fuga. Otras veces, eran los infantes quienes detenían a los artilleros, les arrebataban los caballos y emprendían la huida en un galope desesperado.

Era el desastre, comenzado, primero, en un sector, por la deserción de un regimiento, y extendiéndose a toda la línea. En el frente central y en el del Norte, la retirada fué desbandada, y la desbandada una fuga instintiva de soldados huyendo empujados por el miedo y el pacifismo cínico, de hombres sólo atentos a los provechosos de la revolución.

El desorden pánico llegó hasta el frente de Galitzia, donde el triunfo sobre los austriacos había sido rotundo, a costa de bajas enormes. Ochenta mil muertos... La revolución rusa no pudo tener ni su Carnot, ni su Valmy, como la francesa.

Sergio se sumó a la triste caravana de los vencidos. Su espíritu iba dicién-

Ricardo Fresneda miró a su esposa con la complacencia que solía.

Una vez más, se recreó contemplando el cuerpecito frágil, la cara morena, los negros ojos de María Sol. Hasta el nombre era luz que penetraba a raudales en el alma enamorada del marido.
 En aquella hora del atardecer gustaba a Ricardo dejar su despacho, atravesar el pasillo y entrar en el saloncillo de su esposa, en aquel rinconcito coquetón donde María Sol recibía a sus amigas, tocaba el piano o hacía labor. María Sol tocaba de testablemente el piano, lo martirizaba; bien lo comprendía él con su delicado sentido musical, pero le gustaba tanto a su mujer y lucían de tal modo sobre el teclado las manos de la amada... También cantaba María Sol, pero, qué mal, ¡Dios mío!, no daba una nota y ella lo sabía, como sabía que pintaba horriblemente, mas amaba tanto todo lo bello, que no podía menos de tocar, cantar y pintar, siempre con la esperanza, de llegar a hacerlo siquiera medianamente.
 Aquella tarde, la joven señora, trataba de interpretar una pieza de Albéniz, el genial. ¡Pero qué si quieres! Las deliciosas notas del maestro, se escapaban rebeldes, cual mariposas alocadas, entre los dedos de María Sol.

—No puedo más Ricardo, es superior a mis fuerzas. Toca tú Granada, tanto que me gusta.
 —¡Qué tontina eres! Valiente empeño en querer hacer lo que no tienes aptitud.
 —Aptitud, aptitud, ¿pero es que yo la tengo para alguna cosa?
 —Para quererte.
 —No es bastante.
 —Para agradarme.
 —Eso ya es más, en fin, tendré que resignarme a ser siempre, oyente, espectador, lector, etc. Toca tú, querido.

Fresneda tocó la pieza como él sabía tocar, como hacía todas sus cosas. Cabeza y corazón fuertemente unidos, movidos por una voluntad de hierro. Cuando terminó, la esposa, que oía atenta y complacida, palmoteó entusiasmada y le echó los brazos al cuello.
 —Te admiro, Ricardo. Qué bien lo haces todo. Lo que aún no he llegado a comprender es cómo te has casado conmigo, tan tan inhábil, tan poca cosa, tan insignificante.
 Era ingenua María Sol. En el caso de Ricardo también el lector se habría casado con ella. María Sol tenía veinte años y Fresneda, cincuenta.
 —Una humorada, una verdadera humorada—así lo decían las amiguitas de la muchacha, pero, la muchacha se reía, se reía, porque sabía que, en el fondo, la envidiaban todas, todas:
 Fresneda era rico, viril y atractivo. Sus cincuenta años eran la envidia de muchos molzalbetes.
 —¿Qué te ha parecido el nuevo secretario?—preguntó Ricardo a su mujer, después de una pausa.
 —Admirable; vamos, no está bien que yo te diga que otro hombre es admirable. Quiere decir, en cuanto a estética.
 —¡Verdad que sí!—sonrió el marido—.
 Es muy decorativo y tú sabes lo que me gusta en todo la presentación.
 —Pero, he de confesarte, que a mí me molesta un poco esa monomanía. Estoy por creer que te enamorate de mí por decorativa. Recuerda tus palabras: "Parece usted una figurilla de Tanagra". De seguro que me imaginaste, sobre una peana, entre los cachivaches de tu mesa de despacho. Si, sí, no te rías, no me quieres como yo quisiera.
 —No empieces con tus celos absurdos, pequeña; bien sabes, que si en todas las cosas me gusta la exquisitez de la forma, no descuido el fondo. Te quiero por deco-

rativa, admitido; por bonita, por delicada, por grácil...

—Bueno, bueno, ¿a qué tanta lisonja? —Pero, mucho más te quiero, porque tu alma es buena y tu corazón puro. Y, también, he de confesarte, porque soy ambicioso y de todas las cosas tienes tú más que yo, y teniéndolas tú, son mías, mías.
 —Yo lo que creo que tú tienes, marido mío, es mucha más tuerca que yo, y con palabritas me vas camelando, como dicen en mi tierra, para tenerme "embobalica", como también dicen por allí.

—No, preciosa, vétras; tú tienes más belleza, más juventud, más alegría. Yo sólo tengo más años.
 —Y más dinero.

—De muy mal gusto esa observación, no. No descuides la forma. Ahora lo tenemos los dos. Si quieres podemos repararnos los años.
 —Por repartidos. Me das quince y quedamos iguales.

—Aceptado.
 —Y volviendo a tu secretario, ya que forma y fondo van bien unidas en tus elecciones, ¿Qué tal persona es ese muchacho?
 —Te diré... No muy ejemplar.

—Algo fatuo, ¿no? Se lo he conocido.
 —Y, aún algo tenorio.
 —También se lo re conocido. Y no muy inteligente.

—Regular; cultura, regular también; pero, creo que servirá para el caso. Además, me ha parecido el más interesante de los que aspiraban a la plaza y también el más necesitado.

—Y el más "decorativo".
 —Eso, desde luego. Le llamaremos por el nombre: Don Juan. Así han empezado a llamarle los criados, y a él sé que le complace, pues, su noble apellido, no quiere prodigarlo o que lo prodiguemos. De verdad que es muy fatuo.

CAPITULO XII

La ofensiva

Primero de julio. Sergio está en su trinchera escuchando los silbidos y el ruido de carretilla de los grandes obuses que van y vienen de los dos frentes. A las ocho ha de partir la ofensiva. Los oficiales, nerviosamente, miran a cada momento sus relojes de pulsera. En las trincheras hay un gran silencio. Algunos soldados rezan en voz baja, mientras otros, lívidos, van examinando sus armas y sus arreos.

Preparándose para la salida de las trincheras.

Los oficiales dan la última orden:

—Preparados. Calad bayonetas.

Las ocho. ¡Arriba! Sergio va con la cabeza resueltamente descubierta, empuñando la pistola, gritando, atropelladamente, pero sereno: ¡Adelante, "camaradas"! ¡Viva la revolución! ¡Viva Rusia! Adelante...

Las filas fueron esparciéndose. Un obús hizo un claro en ellas. Otro cayó en un grupo y en vez de los hombres apareció un hoyo. Pero los hombres, agachados, iban avanzando hacia las primeras trincheras, donde empezó la pelea personal con bombas de mano y cuchillos. Los tanques iban avanzando, auxiliando a la infantería. Al silencio había sucedido un ruido horrible de descargas, de explosiones, de gritos de los soldados. Sergio, perdida la pistola, iba con bombas de mano, a través de las trincheras, adelante siempre, sangrando de un brazo herido.

A mediodía, las primeras trincheras alemanas estaban en poder de los rusos. Los prisioneros pasaban en hileras, custodiados, y otros se dirigían a las líneas rusas, desarmados, entontecidos por el combate, heridos otros.

Kerensky observaba con gemelos la ofensiva desde un altozano. Veía las pequeñas siluetas de los soldados entrar en las trincheras, avanzar los tanques, sin saber la intensidad de la penetración en el frente enemigo. Por la noche se hizo el balance: 10.000 prisioneros y bastante artillería capturada. Pero el frente alemán no había sido roto. Era preciso recomenzar.

Al otro día, y con puntualidad—cosa muy de tener en cuenta en un mozo criado en la opulencia y en la holganza—comenzó sus funciones el nuevo secretario. Era diverso y agradable el trabajo que tenía que hacer en el despacho de Fresneda y, aunque a nuestro Don Juan empachábase todo trabajo, supo cumplir y complacer a Ricardo.

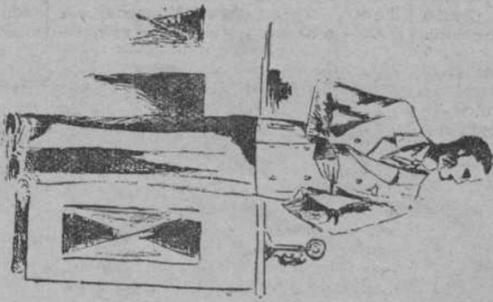
Maria Sol no volvió a ocuparse más de tal personaje. Siguió con su piano, con su pintura y con sus amigas; tocando mal, pintando peor y viviendo estupidamente. Pero, Don Juan la observaba, sin mirarla al principio. Era un necio, Don Juan. No había amado a ninguna mujer, porque se amaba a sí mismo sobre todas las cosas. Y hubiera querido fascinar a todas las mujeres, para perderlas. Por fortuna sus conquistas eran escasas y sin importancia, aunque otra cosa le menta su imaginación. María Sol le tenía obsesionado. Una cascada: ¡oh! la fruta del cerrado ajeno; ¡ah! si el logranza... Como a pesar de todo se conocía leudo, decidió no precipitarse y esperar, esperar pacientemente. Las circunstancias especiales de aquel matrimonio le parecían favorables a sus planes. Una niña casada con un viejo. Un viejo, un viejo. La verdad es que Fresneda no le hacía a él el efecto de un viejo, pero, tal vez a su mujer se lo pareciera, considerando los treinta años que le llevaba. De seguro que se lo parecía. ¡Pobre muchacha, daba pena considerarla su abrumamiento!

Y María Sol, ajena a estos diabólicos pensamientos, atormentando el piano y profiriendo la bellísima música de los grandes maestros. Si se acordaba, cerraba la puerta, con padecida de los del despacho, pero era tan débil su memoria, que casi siempre quedaba abierta.

El primer día, Don Juan quedó estupefacto al oír la musiquita, y no pudo menos de exclamar: —¡Quién toca tan mal! —Es mi mujer—dijo Ricardo, sonriendo. —Perdón, señor Fresneda, estárá aprendiendo. —En efecto, trata de aprender. Cerramos.

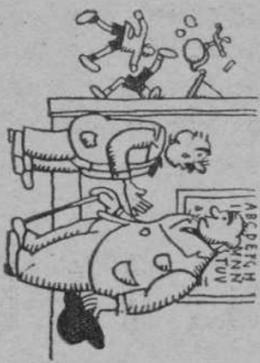
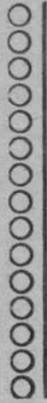
Pero, al otro día, ya no cerraron. A Ricardo le complacía sentir cercana la presencia de su mujer. Oír su música o su charla y sus risas. Ya se acostumbraba el secretario. Cuando el esposo se veía precisado a salir, complaciale sobre manera oír desde la escalera ya, la voz de su mujer. La amaba mucho y era su amor confiado, sin sobresaltos, pues estaba seguro de la honradez y del amor de María Sol. Cavilando Don Juan, en su pequeño estudio, llegó a la conclusión de que aquella mujer tocaba y cantaba para él, es decir, para hacerse notar de él, porque tocando tan mal, cuando el marido salía, ¿por qué tocaba? Tan poca distancia como les separaba, qué fácil le hubiera sido, cuando estaban solos, salvar esa distancia y estrucalar el bello cuerpo entre sus brazos de atleta.

Pretextos, nada más que pretextos—se dijo Don Juan para su capote—. Esta mujer no sabe cómo acercarse a mí. La ha consultado y se puso en pie. —¡Quisiera pedir a usted un pequeño favor, señora. En el momento de citar usted, ¡ha a encender un cigarrillo. Si usted me permitiera... Me tiene tan abrumado es-



—Fume usted con entera libertad—dijo María Sol—. Y si está fatigado, váyase al jardín o márciase a la calle. Ricardo no es exigente. —No, por Dios, eso no, no hay para tanto. Otros momentos de intervalo y continuo. Ahora que, con todo respeto, y si no fuera exigente demasiado, si quisiera usted prestarme atención esos momentos, vamos, que hablaríamos un poco. —¡Por qué no? Me encanta charlar a todas horas; quizá sea uno de mis defectos. —Usted no tiene defectos. —¡Quise decir que para mí no tiene usted ninguno. —¡Ah!, ¿ya, en visita todos somos buenos. La sencillez ingenua de María Sol le pareció a Don Juan coquetaría y, ofuscado y obstinado en su empeño, volvió a la carga diciendo a quemarropa: —Y si tiene usted defectos, señora, ¡mal pudiera yo verlos, porque el amor es ciego y yo estoy enamorado de usted. —Un rayo que hubiera caído a los pies de la muchacha, no le habría hecho más efecto que aquellas inesperadas palabras. Se puso en pie muy pálida, se encendió luego el bello rostro en un santo rubor y dijo, temblando la voz de indignación: —¿Qué está usted diciendo, señor? ¿Es usted un imbécil o un cañall? ¿O las dos cosas? ¿Qué motivos le he dado yo para ofenderme de esa forma? Cuando le he mirado con admiración o coquetaría? Mis maneras son modestas, no puede usted decir que le he provocado. ¿O es que se cree usted tan seductor que me creyó enamorada en silencio, y que busqué la ocasión, esta tarde, para hablar a solas? Don Juan está perplejo, aquella mujer

es una furia, nunca lo hubiera supuesto. Traía de arreglarla: —Por Dios, señora, no creí ofenderla hasta tal punto. Manifesté solo mi amor, no dije mis pretensiones. Y yo nada esperaba de usted. La creí un poco desgraciada y pensé que escucharle la consolatoria. —¡Desgraciada! ¿por qué? Consolarme: ¿de qué? Me ofende usted nuevamente y me desespera. —Perdón, perdón—dice ya balbuciente el secretario—, pero no grite tanto, podría ser oírnos, se lo suplico. —Y a mí qué me importa? Usted tiene la culpa de mi violencia. Soy enemiga de escenas dramáticas, pero mucho más de escenas de adulterio. Sepa usted que amo a mi marido con toda mi alma, con todas mis fuerzas, que jamás, ni en mis pensamientos más recónditos, he tenido para él, ni una sombra de agravio, ni pienso tener la nunca, porque Dios me ayude. Y sepa también, que si en el mundo no hay tantas mujeres honradas, como debería, es porque existen todavía muchos Don Juanes, como usted, que todo lo empobrecen. —¡Perdón, Ricardo! ¿Y se echó en sus brazos sollozando. —No flores, amor mío. Nada me cuentas, porque todo lo sé. Entre sin ruido, para sorprenderte y el sorprendido he sido yo. —Estoy muy triste, esposo. Yo también había querido sorprenderte. He sentido hoy, en mi ser, palpar una nueva vida y este incidente de ahora me ha llenado de ilusión. —¡María Sol! ¿Qué me dices? Déjame que te mire a los ojos, no digas que estás triste. —Y cómo no he de estarlo? Me parece que todos los hombres tenéis un fondo de maldad, como ese desgraciado Don Juan, y que si descalza la mujer propia llena de virtud, es por amor a vosotros mismos, pero, que poco os importaría que todas las demás sucumbieran, por vuestras malas artes. —No, y mil veces no, mi María Sol! —dijo Ricardo con energía—. De mí te sé decir, y no soy un caso aislado, que nunca hice nada en menoscabo de ninguna y que a las casquivanas y así a las caídas, las complace con todo el corazón. (De nuestro Concurso de Cuentos.)



—Quién, ¿está contento de los niños? —No mucho. Antes hacían las cosas bien. Ahora, con el fútbol, todo lo hacen con los pies.

a los regimientos. Kerensky volvió a pasar por los acantonamientos y las trincheras lleno de fervor y de arengas.

Se comenzó la preparación artillera, pero era insuficiente por deficiencia de cañones y de obuses. El ataque se hizo. Con un ardor rabioso, las tropas rusas volvieron a avanzar, con una terca obstinación, pero entre el estrépito de la lucha, de las descargas, del crepitar de las ametralladoras, de los silbidos agudos de los pequeños ovuses y murmullo bronco de los grandes, corrió por los soldados el grito fatídico: ¡Los gases! ¡Los gases!

Sergio se puso la máscara imitado por otros, mientras algunos inexpertos se yudaban corriendo y cayendo asfixiados fulminantemente con las caras azules. Toda la guerra estaba allí, con sus obuses, sus tanques, sus lanzallamas y sus gases. Las formaciones de ataque flaquearon, diezmadadas, se detuvieron. vacilaron, y, al fin, llegó la desbandada. Sergio, con la máscara puesta, se refugió en un hoyo abierto por un obús. Sentía la sangre palpar en la cabeza, presintiendo un ataque, no viendo nada a través del celuloide empañado por el aliento espeso. Creyó morir tsfixiado por evitar la asfixia, en aquel hoyo que era una anticipación de la tumba. Finalmente vió pasar soldados sin máscara, señal de que la ola de gases ya había pasado. Salió, tambaleándose, del hoyo, sabiendo que los gases quedaban, traidores, a ras de tierra, y ya en pie, a campo raso, retiró la máscara, entrándole más en el alma que en los ojos el espectáculo de la desbandada rusa.

—¡Cobardes! ¡Cobardes!—les gritó.

Con una loca desesperación, alzó los brazos, gritando: ¡Viva la revolución! buscando una bala alemana que lo tendiese, pero las balas pasanban silbando, sin tocarlo. La artillería alemana prolongaba sus tiros, buscando las trincheras rusas, preparación del contra ataque. Cuando llegó a ellas, las halló llenas de muertos y de heridos. Los soldados las abandonaban sin clavar los cañones, sin volar las municiones, huyendo por pánico y por voluntad de cesar en la lucha.

Sergio se encontró con Ivan Singaref, compañero suyo de estudios, leninista fanático, que en cuatro meses de revolución había pasado de un socialismo moderado a los extremismos bolcheviques. Llevaba la pierna herida por un casco de granada que no había tocado el fémur. El pantalón roto mostraba la venda de la cura improvisada.

—Ya lo habéis conseguido, Sergio, ya tenéis la hecatombe que buscábeis y encima la derrota.

—Por vuestra cobardía.

—Cobardía de algunos, de muchos si quieres, pero decisión de muchos otros que no quieren dejarse matar estupidamente. No valía la pena hacer la revolución para esto.

Los soldados rusos volvieron al ataque, pero ya no encontraban como en la ofensiva de Brussilof, eslavos austriacos que cedían fácilmente, sino divisiones alemanas y húngaras con elementos turcos, que oponían una resistencia dura, cediendo poco a poco trincheras, produciendo pérdidas terribles a los rusos, que pagaban con cien hombres cada cinco metros de tierra.

En el frente meridional, en la Galitzia austriaca, sí, allí volvieron a reproducirse las jornadas de la ofensiva Brussilof, rompiendo el frente austriaco, llegando hasta la antigua fortaleza de Galitch. Kornilof adquirió en aquellos días la gloria de Brussilof. Las cifras tenían el resplandor de la ofensiva de 1915: 260.000 prisioneros, 400 cañones. Los eslavos que estaban en las tropas austriacas habían cedido prontamente, pasándose algunos regimientos enteros a los rusos.

Pero en el frente alemán, la ofensiva avanzaba penosamente. En vano los marinos del Mar Negro, los caballeros de San Jorge, la división salvaje, las tropas de selección militar y revolucionaria iban al ataque con grandes banderas rojas desplegadas y cantando la "Marsellesa" y la "Internacional". El fuego alemán los dieztaba, los dispersaba, los rechazaba a las trincheras.

Kerensky estaba presente en todo el frente, con su automóvil, en autos blindados, a pie mismo, en la primera línea, expuesto al fuego. En los primeros días de la ofensiva, una leyenda se fué formando, como si fuese el Bonaparte de la revolución. Los soldados se comunicaban los rumores y las noticias que corrían sobre Kerensky:

—Lo han visto curar a un herido, mientras los obuses explotaban a su lado.

—En pleno ataque ha condecorado a un oficial.

—Ayer, para animar a los vacilantes, cogió un fusil y marchó hacia las trincheras alemanas.

—Un "pope" ha dicho que lo auxilió a enterrar un soldado muerto.

Kerensky, casi en éxtasis, fuera de toda realidad, se convertía en el alma de la ofensiva, y cuando veía retroceder a los soldados, volvía a arengarlos, o los amenazaba, o los cogía él mismo por el brazo y los intimaba a marchar nuevamente a la línea de fuego.

Algunos regimientos, viendo la inutilidad del ataque, flojearon, huyendo, otros abandonaron el frente. La sugestión de la oratoria de Kerensky se había evaporado y no quedaba allí más que el miedo a la muerte y la convicción de que la paz debía hacerse inmediatamente y de que la única cosa por la que podía darse la vida, era la revolución, que era la libertad, el reposo y la tierra.

Los restos de los batallones de voluntarios y de las ligas militares intentaron un último esfuerzo. Los heridos leves, entre ellos Sergio, se reintegraron